

Un sabio de 13 años

NUEVO MONSTRUO televisual: se llama Carlos y tiene 13 años. El chaval es tiene un coeficiente intelectual de 160, y Xavier Sardá se lo trajo a Marte para que nos hablase de Platón.

No sé cuál será el coeficiente intelectual de Sardá, pero, con la mitad del de Carlos –pongamos-, Sardá es el doble de listo, eso está claro: durante los minutos en que exhibió a Carlos, “Crónicas Marcianas” alcanzó una cuota de pantalla del 40%. Para que luego digan que no hay vida inteligente en televisión.

El chaval es un Champollion en miniatura –descifra jeroglíficos egipcios, maneja el copto y un polícromo ramillete de lenguas muertas-, transporta toda la historia de la filosofía en el cráneo, en una sola ceja le cabe toda la historia de la arqueología, y con la otra dice que sólo sabe que no sabe nada. Sardá se lo subió a Marte –con permiso de los padres- para que disertase sobre Platón (“aunque, para mí, el más grande es Sócrates”, señaló el rapaz). Su alocución fue truncada por las preguntas de Sardá, erudito de la comunicación, que daba así el necesario ritmo televisual al sapientísimo infante.

Carlos es un ser insólito, un ente espectacular, un marciano, y en condición de tal tiene su sitio en el Marte de Sardá: si Carlos tuviera no 13, sino 63 años, luciese gafas y barba cana de catedrático de Filosofía, no sé si Sardá lo exhibiría en el circo de la tele. Dicho esto, yo me congratulo, de todos modos, de que, puestos a mostrar monstruos, Sardá elija a Carlos y no al violador del Eixample o al ermitaño Romaguera, pongamos. El tiernísimo Carlos, con sus 160 puntos de superdotado o sin ellos, es un espectáculo de amor a la sabiduría en estado puro, un espectáculo emocionante. A mí me conmovió presenciar su heroico furor por el saber. Intuí la estupefacción de los focos, tan habituados a alumbrar a pícaros y mentecatos. Y presencié también el encandilamiento del público en el plató. Ese público, jaleador curtido de los reptiles del corazón, escuchó con silencioso respecto y luego aplaudió a rabiar..., quizá no al monstruo de la feria, sino al canto del saber.

VÍCTOR-M. AMELA